

ciencia de la cual puede haber surgido. Cuando un hombre da una razón de su creencia, su aprobación o desaprobación moral, su preferencia estética, queda —felizmente o no— preso de una trampa» [Arthur Lovejoy, «Reflexiones sobre la historia de ideas», *Prismas* 4 (2000): 138, originalmente publicado como «Reflections on the History of Ideas», *Journal of the History of Ideas* 1 (1940): 3-23].

18. Y ello no sólo a fin de legitimar públicamente sus conductas, sino simplemente para pensar. En definitiva, el núcleo problemático de la historia intelectual radica menos en los términos evaluativos que en los propios términos descriptivos.

19. La confusión de Skinner de planos de lenguaje se observa claramente en su referencia a Cornelius

Castoriadis y su concepto de «imaginario social». Retomando su «contextualismo discursivo» Skinner afirma que «cualquiera sea la intención del escritor, ésta debe ser convencional, en el sentido fuerte». Y luego agrega, «en síntesis, necesitamos estar preparados para asumir nada menos que lo que Cornelius Castoriadis ha descrito como “imaginario social”» (pp. 183-184). Sin embargo, el término «imaginario social», según lo usa Castoriadis, es lo opuesto a lo «convencional», que corresponde a lo que Lacan identifica con lo Simbólico. Lo Imaginario, en cambio, referiría a un ámbito de realidad simbólica precategorial y prediscursivo, que es, como Skinner bien señala a continuación en esa misma cita, aquel en que «se constituye la subjetividad de una época» (p. 184).

## ESFINGE MEXICANA

José Carlos Hesles  
IIS-UNAM

MAURICIO TENORIO TRILLO:  
*Historia y celebración.*  
*México y sus centenarios,*  
Tusquets, México, 2009

De las adivinanzas bien construidas, decía Aristóteles, pueden sacarse buenas metáforas. «Esfinge mexicana» es la metáfora que sugiere *Historia y celebración*. Este curioso libro de enigmas sobre la historia es como aquel monstruo que con sus acertijos tiranizó a una ciudad. En sus páginas, el historiador Mauricio Tenorio Trillo intenta —es un libro de ensayos, escrito por un experimentado ensayista—, con rigor, erudición e ironía, afrontar —interpretar, comprender— un monstruo indescifrable: la historia de México en las vísperas de las fiestas por el bicentenario del inicio de la Independencia y el centenario del inicio de la Revolución mexicana.

Los enigmas ejercen siempre una atracción especulativa y lúdica. Pareciera una

broma, pero el primer acertijo del libro es la ilustración de la cubierta. Un cuadro de Galán en que los símbolos de la cultura popular se entrelazan sensualmente con las insignias nacionales: un mariachi que llora lágrimas de plata, ataviado con un sarape de seda adornado con un águila que devora a una serpiente, el sombrero al pie, maquillado el rostro y con un cuarzo en la frente; de fondo, un jardín. Es una idea de la identidad nacional intensamente subjetiva. Es una expresión estética del «neo-mexicanismo» —manierista y *kitsch*— que problematiza la relación entre las viejas imágenes de la nación —en que se objetivan ilusiones identitarias— y las nuevas sensibilidades nacionalistas. La impresión visual que produce la portada es por eso un acertijo iconológico. Las respuestas posibles, incluso las probablemente plausibles, desplazan la cuestión a un nivel más elevado de preguntas necesarias.

Mauricio Tenorio anuncia desde el pórtico su intención lúdica, pero advierte en los epígrafes de la entrada su gravedad.

Un epígrafe de Kierkegaard refiere la inquietante identidad, mediada por el misterio, entre el profeta y el historiador: la pretensión de saber el futuro o el pasado es la misma cosa. Este epígrafe recuerda el doble movimiento hacia el pasado y hacia el futuro de las alegorías de la Historia (en Ripa, Alciati, Guinda, una tradición que llega hasta el *Angelous Novus* de Benjamin). En unas, la Historia es un rostro bifronte: un perfil que mira al pasado y otro que representa la visión del futuro; en otras, es una figura escribiendo sobre una tablilla con la cara volteada sobre su espalda —o con un espejo retrovisor. Schlegel sentenciaba que el historiador es un profeta que mira hacia atrás; y Chesterton, burlescamente: el hombre es un animal con la cara mirando hacia atrás y los pies al revés, avanzando al frente. Pero el epígrafe recuerda además que la historia no sólo se interesa por las experiencias del pasado, sino también por el «horizonte de expectativas» (metáfora cronotópica de Mannheim, retomada por Huizinga y luego por Koselleck): el futuro es por eso un problema legítimo para la filosofía de la historia.

En un libro ya clásico, *Artilugio de la nación moderna* (1998), Mauricio Tenorio trató magistralmente este problema: las esperanzas no logradas, pero tampoco fallidas, de progreso y desarrollo nacional en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX en México. Un dilatado horizonte de expectativas que un siglo después vemos contraerse ante nuestros ojos. Tenorio trató en este libro la construcción y la formación de las ideas y los imaginarios de la nación. La cultura material y la cultura visual que configuran el nacionalismo. Pero todo visto en un ingenioso artefacto de producción simbólica, una pequeña cápsula del tiempo: México en las ferias mundiales y las exposiciones universales.

En otro epígrafe que abre *Historia y celebración*, O'Gorman se refiere a una forma deseable de escribir la historia: sin destinos trágicos ni fuerzas necesarias, contingente, una «historia-arte», próxima a la narrativa literaria.

Tenorio ensayó esta forma en otro libro: *Argucias de la historia* (1999). Imaginativo, pero inteligible, es un brillante esfuerzo que ilumina la idea de «América Latina». Es un ensayo historiográfico sobre el siglo XIX latinoamericano, escrito al final del segundo milenio; con el efecto de que los finiquitos milenaristas se reflejan, como en un salón de espejos, en las esperanzas y temores del penúltimo *fin de siècle*: tiempos de entusiasmos y, con palabras de Conrad, «tiempos de monstruosas quimeras y sueños demoniacos y locuras criminales». *Argucias* es un libro sobre los horizontes de expectativas en la historia latinoamericana; y una intervención vigorosa en el debate historiográfico sobre la «nueva historia cultural» de la academia estadounidense. La obra de Tenorio —doctor por la universidad de Stanford, profesor en Austin y actualmente en Chicago (con un pie en México)—, ha animado en la última década el diálogo entre «latinoamericanistas» y «mexicanistas» del Sur y del Norte; con la voz única, singular, inconfundible, de su «historia-arte».

«Escribir y enseñar historia es como malograr un buen acertijo», leemos en el Prefacio de *Historia y celebración* (p. 15). Es verdad, la distinción entre un problema y un enigma es que, al resolver el problema, la pregunta y la respuesta quedan disueltas; el enigma es diferente, porque su solución es otra adivinanza. Tenorio escribe por eso, tal cual, los acertijos; «en el único tono posible: ensayos a la vez humorísticos, historiográficos y literarios [...] Son acertijos que se hinchan a lo largo del libro. La primera parte los enuncia; las otras los habita con temas específicos y tratan-

do de no matar las dudas con excesivos circunloquios» (p. 16).

La primera parte del libro, titulada «Las leyes de la historia», es un canon del historiador —de Tenorio. Fija una forma de atención en un código. Recuerda inmediatamente las *Tesis de filosofía de la historia* de Benjamin, pero sin materialismo ni teología; recuerda el sueño científicista de reducir la historia a leyes, pero en las tradiciones del aforismo —la del mismo Benjamin por ejemplo: desde Lichtenberg hasta Kraus, pasando por Schopenhauer y Nietzsche. Esta parte del libro es una joya de la inteligencia: veintiocho leyes en trece páginas (pp. 21-34) escritas con la agudeza enigmática que recomienda Gracián: una serie de contradicciones paradójicas que dificultan el problema; pero Tenorio, para mayor perplejidad, enuncia sus proposiciones con máxima claridad. Interpretarlas en esta reseña sería oscurecerlas.

Tenorio no explicita ni tampoco indica la operación de estas «leyes» en el resto del libro, en los ensayos de las siguientes cuatro partes que lo forman; es necesario adivinarlas. El lector agradece el juego. Pero no siempre es divertido.

*Historia y celebración* está escrito en las melancólicas vísperas de las fiestas por el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución mexicana. Es una intervención en la vida pública de la historia. Por eso el modelo de la organización de los festejos de Kakania, en *El hombre sin atributos* de Musil, es pertinente (pp. 47-55). Pero versiones de seis ensayos, de los diez que componen el libro, fueron publicadas en revistas académicas y periodísticas durante el último lustro, en otros contextos; en éste, sin embargo, corren el riesgo de ser leídos como una diatriba contra celebridades intelectuales, políticos y académicos historiadores, o periodistas. Las «leyes de la historia» se tornan así en interdicciones rituales para una celebración que, en sus vísperas, va siendo ya deslucida y

triste, sin sorpresas. El libro es irreductible al espíritu del *bi/centenario*.

Machado llevaba razón al afirmar: casi todo cambia, pero lo que está más sometido a cambio es el pasado histórico, cambia en función de nuestras esperanzas y temores. Es cierto, cambia con nuestro horizonte de expectativas futuras. Tenorio propone ampliarlo razonablemente. Que la conmemoración del *bi/centenario* no sea un vano recurso al pasado, una evocación nostálgica de lo que fue o lo que hubiera sido; que no sea tampoco un pródigo derroche de recursos —un *potlach*—, una fiesta espectacular para conjurar el presente. En «el 2010 hay que celebrar futuros posibles, no utopías místicas o revolucionarias» (p. 54). Pero domina en la vida pública de México la parábola de Kafka, afectando la conmemoración: un hombre que pelea contra dos adversarios, uno que lo amenaza por detrás y otro que le cierra el paso hacia delante. Uno de los enemigos es el futuro y el otro es el pasado.

Insisto, *Historia y celebración* es un libro sorprendente y divertido, pero con otra lectura —no reducida al debate público. En el país de la Revolución mexicana, como en el de las maravillas que imaginó Carroll, las sorpresas abundan. Para verlas, sin embargo, es necesario afrontarlas. En este libro Tenorio postula el asombro y lo pone ante los ojos del lector.

En la obra ensayística de Tenorio —en parte reunida en los libros *De cómo ignorar* (2000) y *El urbanista* (2004)—, en sus artículos sobre las relaciones entre los historiadores y los científicos sociales en Estados Unidos y México, sobre los artistas e intelectuales estadounidenses en el México revolucionario, sobre las celebraciones en la ciudad de México del centenario del inicio de la Independencia, sobre la historiografía del porfiriato, sobre la ciudad de Berlín o de Barcelona, nuestra imagen del pasado es otra; y con ella nuestra idea del

futuro cambia. El método enigmático de interrogación en *Historia y celebración* produce este curioso efecto.

El problema de la memoria es tratado con el tópico «saber de memoria», el sentido común como historia (pp. 37-55); y en un sentido intensamente subjetivo, utilizando el archivo de las notas y apuntes de un oftalmólogo guanajuatense sobre la memoria visual (pp. 143-156). El ensayo titulado «La Atlántida morena (historias y recuerdos)» introduce el problema de la (re-)producción de la «mercancía México» como producto de consumo doméstico y de exportación. El ensayo «Las exposiciones en el siglo XXI: ciencia y caridad» registra una serie de cambios en las exposiciones mundiales, en Hannover 2000 y el Fórum de Barcelona 2004; y reflexiona sobre estos cambios, reflejándolos en un cuadro de Picasso. Una de las proposiciones más interesantes de la obra

de Tenorio ha sido mirar a México desde fuera de México, este distanciamiento del punto de vista tiene en *Historia y celebración* un par de ensayos que representan un giro significativo en la historiografía mexicana: «Mestizaje a contrapelo: Guatemala y México» y «Norteamérica y los límites de la imaginación histórica». El problema ontológico de la Esfinge inquisidora sobre qué es México y qué los mexicanos cambia por la pregunta topológica: ¿dónde está México, dónde los mexicanos? La respuesta es inquietante, porque el *bi/centenario* no se limita en realidad a las fronteras nacionales.

En *Historia y celebración* Mauricio Tenorio Trillo reduce la tiránica «Esfinge mexicana» que pregunta «¿Historia para qué?» a una caja de sorpresas: una piñata, como la que rompen los niños en las fiestas, para celebrar el *bi/centenario*.